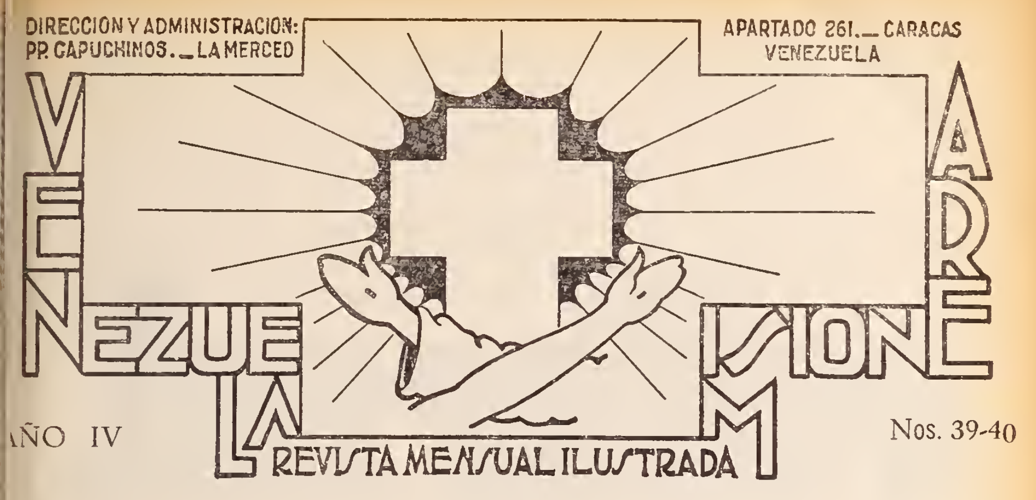




Misionera

AÑO IV N° 39-40
CARACAS,
ABRIL-MAYO 1942





AÑO IV

Nos. 39-40

Con aprobación Eclesiástica y de la Orden.

ABRIL Y MAYO 1942

PALABRAS QUE LO DICEN TODO

Encíclica Máximum illud

El primer modo de prestar ayuda a las misiones, posible a todos, consiste en atraer para las misiones las bendiciones del cielo. Ya hemos dicho varias veces que toda la actividad desplegada por el misionero sería estéril y vana si la gracia de Dios no la fecundara. San Pablo nos lo afirma: "Yo sembré, Apolo regó pero Dios hizo crecer". No hay más que un medio de obtener esta gracia: la oración humilde y perseverante. ¿Acaso no dice el Maestro: "Mi Padre accederá a todo lo que le pidan. Si hay una intención para la cual son seguras nuestras oraciones, o siempre escuchadas, es ciertamente la de las misiones, intención esencial y más que ninguna otra agradable a Dios. Cuando Israel luchaba con los amalecitas, Moisés, en la cumbre de la montaña con los brazos en alto, imploraba el apoyo del cielo. Pues, del mismo modo, mientras los obreros evangélicos riegan con su sudor la viña del Maestro, deben asegurarles los cristianos el auxilio de sus fervientes plegarias. Para facilitarles el buen cumplimiento le esta empresa, se ha fundado la obra del Apostolado de la Oración; por eso la recordamos vivamente a todos los fieles sin excepción, y deseamos que todos se afilien a ella, y que todos colaboren, si no de hecho, por lo menos de corazón, a la obra de las Misiones.

BENEDICTO XV



LA JORNADA DEL DOLOR

La Iglesia Católica ha echado mano de todos los recursos posibles en estos últimos tiempos, para ayudar a las Misiones, y hacer que la labor de los misioneros sea fecunda en bienes espirituales. Entre otros medios ha propuesto éste que el mismo Romano Pontífice ha llamado "JORNADA DEL DOLOR", JORNADA DE LOS ENFERMOS.

Santificar el dolor, hacerlo meritorio, y más que todo, hacer al dolor un apostolado en favor de las misiones, hacer que los enfermos ayuden a esta obra extraordinariamente grande, con los recursos de sus sufrimientos, es el fin que la Iglesia pretende con esta campaña.

Es la triste herencia de los hijos de Eva, el dolor, el sufrimiento y la enfermedad, que con frecuencia se acercan a nosotros, clavan su garra en nuestros miembros y nos derriban en el lecho del dolor.

Pero esos dolores no pueden perderse entre aquellos que tienen una centellita de fe y una chispa de caridad; esos dolores no deben permanecer estériles entre los creyentes; antes por el contrario, es preciso elevar el corazón a las alturas, poniendo la mente en Dios, para santificarlo, ofreciéndoselo generosamente a El.

La Iglesia ha mirado siempre y en todo tiempo como cosa suya e hijos predilectos de su amor a los enfermos; se ha preocupado por ellos y ha querido en los recursos de su inagotable caridad, llevarles un lenitivo, un consuelo, levantando hospitales, casas de beneficencia, asilos para la ancianidad desvalida, colocando a su lado abnegados religiosos y religiosas, para que con sus cuidados y sus consejos en el corazón penetre la resignación en medio de los dolores.

Ahora la Iglesia entra cariñosa en esos hospitales. penetra en las casas donde yace un enfermo, para dirigirles una palabra de aliento, un consejo y una recomendación; y es que dirijan su mirada a las regiones misionales, se acuerden de los abnegados apóstoles de la causa de Cristo, y oren por ellos y por ellos ofrezcan a Dios sus dolores y su enfermedad.

La oración y la limosna que los fieles del mundo entero ofrecen generosamente como medios indispensables para la obra misionera, son bellas manifestaciones de la caridad cristiana, que Dios premiará con el ciento por uno; pero el sufrimiento de la enfermedad, sobrellevada por un fin sobrenatural, y ofrecida generosamente por la conversión de los gentiles, lleva el sello del amor más puro, de la abnegación más grande y de la generosidad más desinteresada.

No, no podían permanecer estériles esos trabajos que pasa el enfermo postrado durante largas horas, quizás durante muchos años, en el lecho del dolor; la Iglesia ha querido aprovechar esos preciosos recursos de la enfermedad, para convertirlos en ayuda positiva y eficaz para nuestras misiones católicas. Es oro preciosísimo, y es caudal de grandes merecimientos, y es una ayuda positiva que es preciso aprovechar.

Quizás algún enfermo, al verse imposibilitado de desarrollar actividades, se lamenta, llore por su situación; quizás aquella otra alma tan entusiasta por la causa de las misiones, llegue hasta derramar amargas lágrimas, porque ya no puedo hacer propaganda, ni reunir limosnas, ni atender a los roperos.

Nada de lamentos; ahora como antes y como siempre puede hacer mucho, quizás más que antes; porque si no puede trabajar, sí puede sufrir y puede ofrecer sus sufrimientos a Dios por la conversión de los infieles.

Esos dolores y esa enfermedad no han de permanecer estériles; serán bien recibidos en el acatamiento divino, y los frutos los cosechará el Misionero allá en muy apartadas regiones, a miles de leguas de distancia.

A mis lectores enfermos que esto leyeren me refiero, y les dirijo una palabra de aliento. En medio de vuestros dolores físicos, no os olvidéis de las Misiones católicas.

El 24 de mayo, fiesta de Pentecostés, es el día de la JORNADA DEL DOLOR en la Iglesia por las Misiones.

Orad, comulgad y sufrid por las Misiones Católicas.

FR. ANTONINO M. DE MADRIDANOS.

O. F. M. Cap.

Historia de la Misión del Caroní

III

Urgencia y celo. — Fin del primer año. — Hermandad y ayuda.

1º Con la primera gira por el Interior de Guayana y la segunda por el Delta del Orinoco quedaba ya virtualmente reconocida toda la parte civilizada del Vicariato. Mas la acción de los misioneros debía dirigirse con intensidad y premura hacia los indígenas, empezando, según reza el artículo 3º del CONVENIO entre la Orden Capuchina y el Gobierno de Venezuela, *por la parte Norte del Territorio Federal Delta Amacuro.*

La urgencia de esta ley y el celo de los misioneros, que no admitía demoras, movió a Mons. Nistal a emprender otra excursión más árdua, cuando aun no se había repuesto enteramente de la primera.

El 9 de noviembre de 1924 sale de Upata, acompañándole el M. R. P. Crisóstomo de Bustamante y Fr. Darío de Renedo. Asocian en Tucupita al párroco, R. P. Samuel, y en una lancha-motor remontan el caño Manamo, bajando luego por Río Grande, que es donde el Orinoco lleva la mayor cantidad de agua. En los caños de Araguao y Araguaito visitan las rancherías indígenas que encuentran para informarse de sus condiciones, número y modo de vida. Pasan después al caño de Sacupana, que lo recorren con todos sus secundarios. Atraviesan la temible barra de Cangrejo, temible porque, siendo el punto donde el Orinoco vierte sus aguas con toda fuerza sobre el Atlántico, el choque de la corriente fluvial con las olas marítimas constituye un verdadero peligro para la embarcación, sobre todo a ciertas horas. Pasada ésta, se internan por el río Amacuro, visitando los indios dispersos en el Cuyubini y llegan hasta Yariquita, frontera con la Guayana Inglesa. Retroceden hasta la boca y remontan el Barima, inspeccionando todo el cauce derecho perteneciente a Venezuela.

Las fiebres palúdicas se cebaban en ellos sin piedad; mas no cejaron sino cuando vieron cumplido su itinerario.

No podía faltarle su parte amena a esta legendaria aventura y tuvo lugar al regreso en medio de la temida barra, cuando el cielo se desató en horrorosa tempestad. La lancha, por falla del motor, quedó a merced de las olas que la llevaron contra unos espinos, a los cuales se agarraron como a tabla salvadora. Dos horas como dos eternidades duró esta posición violenta, tras la cual ,venida la calma, a remo teñido en sangre de las heridas causadas por los espinos, se replegaron al estrecho caño de Cangrejito, compusieron el motor y el 14 de diciembre entraban con facilidad en Tucupita, donde se quedó el P. Samuel; los demás regresaron a Upata con un buen fardo de noticias y otro no menor de accidentes. En Upata se encontraron con la grata sorpresa de dos nuevos misioneros, el M. R. P. Luis de León y Fr. Anselmo de Valduvieco. El primero, venerable por su luenga y blanca barba, más venerable por su edad, —62 años,— y más aun por su virud y méritos, había sido por espacio de 30 años continuos incansable apóstol de los indios en las islas Carolinas y Marianas; después de breve permanencia en España pidió acabar sus días entre los del Caroní, heroísmo que le fué concedido.

Consecuencia de la excursión fué el informe que Mons. Nistal elevó al Gobierno de Venezuela, proponiendo una fundación en el caño Araguao o sus cercanías y otra en Amacuro, en uno de los cerros próximos a la margen occidental de dicho río. Al cual el Gobierno contestó aprobando la fundación primera "en el Araguao en el punto que la crea más útil", pero que la otra no debía ser en el Amacuro sino "en el Barima, más o menos donde tuvo la República una Comisaría" (1).

2º Y aquí finaliza el primer año de elaborada misional, —1924,— con diez y siete operarios bajo la tutela de un celoso Obispo, siete parroquias dotadas de competente párroco y dos Casas-Misión en proyecto.

3º Aquí surgirá una pregunta en el ánimo de muchos: ¿Qué apoyo económico tienen los misioneros para tan magna empresa?

El artículo del CONVENIO reza: "Para el sostenimiento del personal de la Misión a que se refiere este convenio, como para gastos de viajes y provisiones, se calcula la cantidad de treinta mil bolívares para el primer año". Este presupuesto, bueno en los comienzos, pero insuficiente durante 14 años que subsistió, nos obliga a dedicar aquí anticipadamente una página de gratitud a la Custodia Provincial de los Padres Capuchinos de Caracas y a todos los que con ellos han venido sosteniendo nuestra obra.

Aunque la Misión del Caroní por su erección en Vicariato Apostólico quedó totalmente independiente de dicha Custodia, mas no por eso se interceptaron las relaciones de hermandad y ayuda; antes al contrario, —dicho sea bien alto,—éstas se estrechan y crecen con la dilatación del tiempo.

---

(1) EE. UU. de Venezuela. Memoria de Relaciones Interiores. Año 1926, pág. 152.

Satisfacción cumplida y orgullo santo deben tener los religiosos de la Custodia, especialmente los superiores, porque en esto no han escatimado el mayor o menor sacrificio. Gratitud perenne y alabanza, por muy subida nunca exagerada, brotarán del corazón y de los labios de todos y cada uno de los misioneros ante el comportamiento de nuestros Hermanos, los ligiosos de la Custodia. Todos hemos palpado sus beneficios, su generosa cooperación y ayuda.

A la residencia de Caracas llega la mayoría de los misioneros que vienen de España y allí pasan su temporada de aclimatación antes de entrar en el Caroní. En ella se proveen de lo necesario. En las enfermedades y achaques las casas de la Custodia son nuestro refugio incondicional. Nos ayudan poderosamente con limosnas, comestibles, ropas, herramientas y medicinas que ellos consiguen del pueblo caritativo, debiendo tributar aquí un justo honor a la productiva obra de los *Roperos Misionales* que han establecido, ponderando sobre todos ellos a los de Caracas y Maracaibo. Por mucho tiempo el Procurador de la Misión fué un religioso de la Custodia. Regularmente envían todos los meses intenciones de Misas. Trabajan con actividad en la propaganda de la "Obra Seráfica". Han creado la "Revista Misionera" para beneficio de la Misión...

En fin, nos haríamos interminables si quisiéramos reseñar las múltiples invenciones que el celo y caridad de tan abnegados religiosos ha llevado a la práctica con copioso fruto.

Por todo ello y lo demás los religiosos de la Custodia de Venezuela con sus cooperadores ocupan lugar preferente en nuestras oraciones y en las de nuestros indiecitos.

FR. B. DE MATALLANA.
O. M. Cap.

De las Antiguas Misiones

MERITO DE LOS PRIMEROS MISIONEROS

(Según Depons)

Francisco Depons, agente del Gobierno francés en Caracas durante los años 1801 a 1804, en su importante libro "Viaje a la parte oriental de Tierra Firme", nos dejó el siguiente testimonio, muy laudatorio por cierto, sobre los primeros Misioneros Españoles de América:

"Imaginemos —dice— todo cuanto el sacrificio tiene de más grande, el celo de más puro, y la resignación de más meritorio, y tendremos apenas una noción de los merecimientos que recomiendan a los misioneros de América a la admiración y a los elogios del hombre justo.

"Debe saberse primero que todo, que ni la obligación, ni la obediencia han impulsado a los Misioneros en su empresa, puesto que en España nunca se ha obligado a un religioso a entrar en las misiones americanas. Voluntariamente y por el solo deseo de propagar la fe, esos hombres abandonan su patria, su medio, su reposo, sus aficiones, y se encaminan a países mortíferos, en donde todos los elementos conspiran contra el europeo.

"¿Pero qué significan estos peligros, que tantos han desafiado, en comparación a los que ellos únicamente han arrostrado? Apenas los arrojan en esas playas lejanas, cuando penetran en las selvas, sin otra fuerza que la de sus almas, ni más alimento que los frutos de una tierra inculta, y sin más esperanzas que escapar a la ferocidad de los indígenas, que la que puede nacer de la influencia de la moral, y difícil es contar con ella mientras no conozcan el idioma de los pueblos que van a catequizar.

"¡Cuántos de estos dignos Apóstoles han sido descuartizados por los indios salvajes, a merced de los cuales exponían sus vidas! ¡Cuántos han sido pasto de las bestias feroces, o víctimas del hambre y las enfermedades, que el exceso de calor, los aguaceros, el sereno, y los pantanos hacen siempre mortales! ¡Cuántas veces ha sido necesario renovar esas misiones, para reemplazar sus miembros sacrificados!, y esta dificultad es mucho mayor que la primera; pues que haya quien se arriesgue a un peligro probablemente mortal, puede explicarse por un celo extraordinario y por la gloria de haberlo afrontado; pero que luego se presenten nuevos mártires, nuevas victimas, convencidas ya de que para su misión se requieren esfuerzos superiores a toda energía humana, y sabiendo que han de predicar entre canibales, es cosa que ha de parecer siempre extrordinaria y siempre será timbre de orgullo para la religión cristiana.

"¡Esos hombres que se sacrificaban tan fácilmente por la propagación de la fe, debían estar convencidos de que al justo le aguardaba la recompensa en un sitio de felicidad y de delicias! Era necesario que sintieran profundamente la nada de este mundo, aquellos que cambiaron las dulzuras del retiro, por un género de vida que era una agonía prolongada con la muerte por desenlace más o menos cercano. Estaba bien ganada la palma del martirio, único móvil de una vocación que a un tiempo admira y estremece.

"¡Virtuosos anacoretas a quienes la sociedad debe tantos hombres que sin vosotros, todavía disputarían su presa a las bestias feroces, y la religión tantos neófitos que, sin la eficacia de vuestra moral, estarían sometidos en las tinieblas del paganismo, mi homenaje a vosotros es tan sincero como penoso y meritorios fueron vuestros trabajos!"

(O. cit., p. 202. Caracas, 1930).

Cuatro páginas más adelante hace Depons un magnífico elogio del Misionero Capuchino P. Fr. Miguel de Fabara, fundador del pueblo-misión del *Buen Pastor*, llamado también *Divino Pastor de Guarapiche*, situado en las márgenes de ese río. Dicho misionero ya estaba al frente de la expresada misión en 1788, y debió haberla fundado pocos años antes, o sea entre 1780-1788, siendo una de las últimamente establecidas por los Misioneros Aragoneses de Cumaná, junto con Uracoa y Tabasca. He aquí el mencionado

"Elogio del Misionero Fabara

"Nada más tendría que añadir sobre los Misioneros de la Capitanía General de Caracas, si no hubiera reservado para terminar este artículo, la satisfacción de dar a conocer las brillantes virtudes de un Misionero, cuyo celo y resignación no cede en nada al fervor de los primeros religiosos que se consagran a la conversión de los indios.

"Este hombre venerable depende de la Misión de Capuchinos Aragoneses de Cumaná. Penetrado de las obligaciones de su estado, desdeña la tranquilidad propia de las apacibles y lucrativas funciones de administrador de una aldea de indios sometidos ya, para cumplir la mucho más penosa misión de fundar aldeas de indios completamente salvajes. Con su dulzura, afabilidad, moral y desinterés, ha llegado a reunir millares de indios que hasta entonces habían rechazado a todos los Misioneros anteriores.

"Los indios que ocupan las montañas de Bergantín y los Guaraúnos que están en las bocas del Orinoco, forman el plantel de donde el Padre Fabara saca la población inmensa de una aldea que le debe su existencia, a orillas del Guarapiche.

"La aldea conserva el nombre de Buen Pastor que le dió la voz pública. Los indios conocen tanto la bondad de este religioso que ellos mismos lo creen de naturaleza diferente a la de los otros misioneros.

"En efecto, no es ni el soberano, ni el magistrado de sus neófitos, se contenta con el título de padre o de amigo. Tiene tanta habilidad para inspirar a los Indios el amor al trabajo, que se dedican a él sin darse cuenta de que las invitaciones del Padre Fabara tengan alguna parte en ello. Como los indios perciben totalmente el producto de su trabajo, ese aspecto de miseria que da un aire lúgubre a todas las otras aldeas de Indios, está reemplazado en la del

Buen Pastor por una especie de bienestar que causa regocijo. En ella no hay más pobre que su rector.

"En fin, mientras los otros misioneros se limitan a conservar las que han encontrado establecidas, el Padre Fabara funda nuevas aldeas de indios. Sus cofrades no hacen más que gozar del trabajo de sus predecesores; Fabara trabaja para los que hayan de sucederle, para la religión, para la soberanía española y para la sociedad.

"Dejo con dolor de seguir tratando de un hombre tan respetable. Los límites de mi obra no me permiten señalar todos los rasgos que lo caracterizan. La envidia encontrará, tal vez, que he dicho demasiado: poco me importa, con tal que los días del Padre Fabara se multipliquen en proporción de la utilidad con que los llena".

Los precedentes elogios y apreciaciones acerca de los Misioneros españoles, son muy apreciables en boca de un escritor francés que no siempre tuvo frases justicieras y equitativas para la obra de España en América.

P. C.
O. F. M. Cap.

Cuentos y Tradiciones de los Indios Guaraúnos

TOROMUATAMO GUARAOTUMA ARU NAMUQUITANE NAMINAYA

Cómo los guaraos aprendieron de los loros a sembrar la yuca.

Salieron una vez al morichal todos los indios de una ranchería en busca de yuruma, y quedó cuidando la casa un indio con su mujer. Con ellos quedó también un loro que tenían.

Al poco rato de haber salido, vieron venir en dirección de la casa una bandada de loros tan numerosa, que el cielo quedó obscuro como en días de lluvia. Esos loros venían tan contentos y alborotados, que formaban una gritería ensordecedora.

Cuando el loro de los indios advirtió la presencia de sus compañeros que pasaban cantando por encima de él, les gritó por tres veces y les preguntó:

—¿A dónde váis tan contentos?

—A buscar yuca, le contestaron. Y siguieron su camino.

Cuando venían de regreso, cargados de yuca, el loro de la ranchería les gritó nuevamente y les pidió que le dieran algo de lo que llevaban, y ellos, desde arriba dejaron caer un palito de yuca.

Como el pobre lorito estaba encima de un palo en el alero de la casa tardó mucho en bajar a coger el palito que su compañeros le tiraron, y no lo pudo aprovechar. En cambio, el indio, que había presenciado toda la escena y escuchado toda la conversación, apenas cayó la yuca, se abalanzó sobre ella y la escondió entre la tierra, de tal manera que el loro no pudo encontrarla.

Al día siguiente, fué el indio a escondidas a ver la yuca y vió con sorpresa que había germinado y estaba llena de hojas. La dejó crecer mucho tiempo, y cuando ya estaba completamente desarrollada, el indio no sabía lo que debía hacer, pues ignoraba lo que se comía de aquella planta tan extraña.

A fin de aprovecharla, hizo experiencias por partes.

Primeramente comió las hojas solamente, pero en vez de aprovecharle, le hicieron mucho daño.

Después cogió los tallos y los picó en pedazos para comer; pero, como eran tan duros, no los pudo tragar.

Sacó después el tubérculo de la tierra y lo comió completamente crudo; pero le hizo tanto mal, que al día siguiente amaneció con el vientre dolorido y algo hinchado.

En vista de que así no le aprovechaba, ralló la yuca muy bien rallada y la comió más fácilmente, pero amaneció con el vientre dolorido y más hinchado que antes.

A los pocos días ralló nuevamente la yuca, le extrajo el agua (yare) y la bebió; pero fué tan grande el dolor que sintió y tan enorme la hinchazón, que aquella noche estuvo a punto de morir.

Otro día ralló la yuca, le sacó el agua y la comió seca sin cocinar; pero tampoco así le asentó bien.

Por último dijo el indio: Vamos a ver si cocinándola, como las otras comidas me aprovecha. Ralló la yuca, le sacó el agua y la cocinó. Cuando la estaba comiendo sintió un gusto y un olor muy agradables y aquella noche no sintió dolor ninguno. Con esto entendió que la yuca era un alimento muy bueno.

De este modo aprendieron los guaraos a sembrar la yuca y a cocer las tortas de casabe.

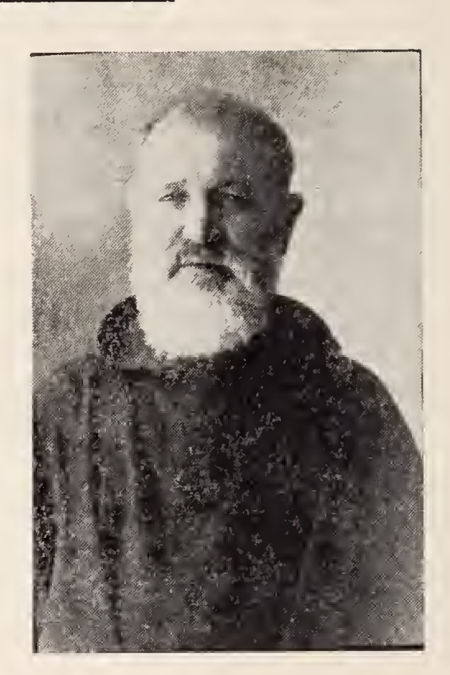
NOTAS EXPLICATIVAS

La base alimenticia de los indios guaraúnos, es el pescado y el pan de moriche —yuruma. Sin embargo de ésto cultivan la yuca y gustan muchísimo del casabe. Tanto es el gusto que encuentran en roer las tortas, que en varias ocasiones lo he visto preferir a rosquillas y al pan de trigo.

Siendo pues de una importancia tan apreciable en su economía alimenticia, no podía faltar entre sus cuentos, alguno referente al origen de tan sabroso y apreciado manjar.

FR. ALVARO DE ESPINOSA.

Mis. Capuchino.



R. P. Salvador de Palacio

Con la muerte de los justos entregaba su alma a Dios el 20 del pasado febrero en nuestra Residencia de Caracas, lleno de años y de méritos el R. P. Salvador de Palacio.

Una larga y penosa enfermedad lo ha conducido lentamente al sepulcro, dejando en pos de sí un reguero de buenos ejemplos a cuantos seguimos día tras día el proceso de su mal.

Sometido a serias operaciones quirúrgicas, sufrió lleno de santa resignación y dulce tranquilidad los rudos golpes de la enfermedad.

Postrado en el lecho durante largos meses, apenas si de sus labios salía una queja o de su pecho dejaba escapar el más leve suspiro.

La ciencia médica llegó a vencer el mal en un principio, y ya nos alegrábamos al verlo de nuevo entre nosotros y con nosotros. Los cuidados, la ciencia y la experiencia del doctor J. Izquierdo hicieron que el P. Salvador, después de muchos meses de enfermedad, pudiera levantarse y alternar de nuevo con sus Hermanos.

Todos nos felicitábamos y felicitábamos al P. Salvador por su franco restablecimiento, sin apercibirnos de que la muerte estaba tan cerca.

Porque cuando más esperanzas abrigábamos, al verlo tan animoso y resuelto, la enfermedad que minaba su salud, acabó con su existencia.

Era el fruto maduro que recogía en su heredad el Padre de familias.

Porque el P. Salvador, que pasó la mayor parte de su vida sacerdotal en Venezuela, trabajó mucho y trabajó bien en los ministerios de un intenso apostolado. Cuba y Puerto Rico también oyeron su voz de Misionero y recogieron el fruto de sus trabajos en distintas Parroquias.

En Caracas fué Director durante largos años de la Venerable Orden Tercera Franciscana, trabajando intensamente para aumentar el número de Hermanos y el fervor de sus cultos religiosos. Con ella organizó fiestas muy brillantes.

Su palabra sencillamente elocuente resonó muchas veces y con preferencia en nuestra Iglesia de Las Mercedes y en muchos pueblos de la Arquidiócesis de Caracas, acompañando en Visitas Pastorales a Mons. Castro, así como también en los pueblos y caseríos de Cuba y Puerto Rico, en todas partes misionando y haciendo bien a todos.

Cuando ya por sus achaques y enfermedad se vió imposibilitado de ejercer los ministerios de la predicación, dió gran preferencia al confesionario, donde atendía indistintamente a ricos y pobres, para los que tenía palabras de consuelo y de aliento.

En más de una ocasión nos recordaba con indecible cariño sus trabajos de predicación, haciendo un recuento de sus correrías apostólicas y contándonos algo de las muchas privaciones por que tuvo que pasar.

Convencido de que su mal ya no tenía remedio, se arrojó confiado en manos del Creador, recibiendo con resignación la última dolorosa fase de la enfermedad y preparándose del mejor modo posible con la recepción de los últimos sacramentos para el viaje a la eternidad.

Y rodeado de sus Hermanos en Religión entregó su espíritu en manos de Dios.

Piadosamente creemos que el Dios de las infinitas misericordias lo habrá ya recibido en su seno, dándole la recompensa de los justos.

De todos modos, pedimos una oración a nuestros lectores por el eterno descanso del alma del P. Salvador de Palacio.

LA DIRECCION.

R. I. P.



Los Viajes Aquellos a la Gran Sabana

II

TEMPERANDO EN AJI Y LUEPA

De la Serranía de Lema en poco más de una hora por un camino bastante fangoso llegamos al primer río, llamado el Apanhuao. El agua corre allí impetuosa por entre piedras resbaladizas, y como no había canoa, muy contra nuestro gusto tuvimos que sumergirnos en aquel baño de agua fría, tan fría que nos hacía dar diente con diente. Además para que la fuerza del agua no nos arrastrara, los indios tendieron un mecate de una ribera a otra; y solo así, agarrados con una mano al mecate de salvación y con la otra asidos a un indio, que nos parecía un San Cristobalón, pudimos vadear el río con el agua por la cintura. Y para que el baño fuera completo, sucedió que durante la travesía se les ocurrió a las celestiales nubes obsequiarnos con una ducha de lo único que ellas tienen.

Tres horas más de marcha y estábamos en el pueblo de Ají. ¿Pueblo he dicho? Pues fué sólo por seguir la costumbre, más lo que allí encontramos fueron sólo dos malocas de forma cónica y otro rancho completamente desmantelado, distribuídos en los cuales apenas vivían una quincena de indios. Con todo, por aquello de que "a falta de pan buenas son tortas", allí posamos nuestros reales, colgamos nuestros lechos pensiles y, sin consultar a nadie, nos proclamamos reyes de la miseria. Despachamos dos indios embajadores con cartas para el P. Nicolás, anunciándole nuestra llegada, y pidiéndole nos rindiera pleitesía con el envío de dos o más caballos. Entre tanto los indios nos obsequiaron con un guayare de casabe, bien recubierto de hojas de plátano, cual si se tratara de un tesoro, cuando en realidad no era más que un nido de cucarachas, que habían dado tantos besos a las tortas que nadie se atrevió a probar el obsequio. El remedio para el hambre era comer con toda persimonia de las provisiones que llevábamos, y a veces a escondidas de los indios, pues ponernos a cumplir este menester y ver-

nos rodeados de ellos era todo uno, y preveíamos que si el remedio de Sta. Elena se dilataba un poquito, podíamos pasar verdadera hambre. El remedio para el frío nos lo proporcionaron un hacha que nosotros llevábamos y otras dos más, por cierto bien mohosas, que tenían los indios; de modo que al amanecer de cada día, armas al hombro, y a rajar leña en el bosque vecino. Pero no fueron muchas las veces que pudimos repetir aquella azaña, porque, si "al que no está hecho a bragas las costuras le hacen llagas", díganme Vds. lo que nos harían a nosotros en las manos aquellas hachas. También nos entreteníamos en enseñar a los indios algunos cánticos en nuestra lengua (en la suya era imposible, porque no la sabíamos); pero no nos satisfacía mucho porque, aunque los indios cantaban con tanto entusiasmo, parecíanos que aquello no era misionar sino enseñar loritos a cantar. Monseñor descubrió otra actividad en que desarrollar su genio siempre activo y fué que el capitán que por toda indumentaria cargaba un viejo chaquetón, llevando todo lo demás que no se nombra al aire, se le vió una úlcera en las espaldas por donde cabía holgadamente el puño. Desde aquel día Monseñor con toda paciencia, mañana y tarde, se dedicaba con todo cariño al oficio de piadoso Samaritano, logrando gran alivio para el doliente. Mas al fin aburridos de estar allí, pues, como ya queda dicho, ni ellos nos entendían a nosotros ni nosotros a ellos, resolvimos trasladarnos a Luepa en busca de algún rancho menos incómodo. De paso advertimos aquí, que molesta mucho a los indios decirles que su lengua es ininteligible, que parecen loritos, u otras cosas semejantes, pues dicen ellos (y dicen bien) que también nuestra lengua es obscura para ellos y lo natural es que aprendamos nosotros su lengua, ya que fuimos a su tierra, pues también entre ellos corre el dictado de "a donde quiera que fueres, haz lo que vieres".

En el nuevo palacio o rancho de Luepa, sito a 10 k. al Oeste de Ají, y en unas anchurosas sabanas, de las que cantó el poeta que "el ojo no alcanza a ver", volvimos a la misma vida campestre que habíamos llevado en el antiguo. Los indios de aquí eran más o menos los mismos en número que los de Ají y tan andrajosos y miserables como ellos y todo su saludo consistía en venir a repetirnos mañana y tarde la misma canción de: "indio pobrecito, indio pobrecito". No hacía mucha falta que nos lo dijeran, pues estábamos viéndolos en el traje de Adán. Nuestra abundancia tampoco era mucha, de modo que Monseñor les hizo varios regalos de ropas, machetes, etc., más no tanto como querían aquellos indios, que parecían insaciables, y a veces hasta molestos con su pedigüeñería; pues, es de notar, que el indio que no está civilizado con nada se satisface, no queda contento

hasta que no le saca a uno todo lo que ve de modo que el único remedio para librarse de sus importunidades es esconder lo que se lleva bajo siete candados.

Uno de estos indios, a quien Vds. dan el pie y le cogen la mano, llegó hasta hacer señas de que nos iba a quemar el rancho para que se nos quemaran los corotos que Monseñor tenía guardados para repartir entre los indios de los otros caseríos, que fuéramos encontrando en el camino de Sta. Elena o para comprar provisiones. Pero no quedó sin castigo su atrevimiento, pues yendo de allí a poco a cortar leña, una culebra le hincó sus envenenados dientes. Corrieron los indios a nuestro rancho y por los gestos adivinamos que se trataba de alguna desgracia. Más que de prisa fuimos nosotros a su rancho y encontramos al infeliz colérico retorciéndose en su chinchorro, con el pie hinchado y arrojando sangre por la boca; dimos en varias tomas un frasco de bioforbina, y al día siguiente un purgante de sulfato, y escapó de la muerte. Mas aun así el agradecimiento brilló por su ausencia y convencímonos de que la ingratitud es una planta muy silvestre y nada extraño es que se encuentre entre los salvajes.

Para consuelo de todos estos males podemos decir que gozamos de un temperamento, aunque forzado, de ocho días, que ni en Los Teques; y allá en la lejanía el Putari-tepui (Cerro del Budare), flotando sobre las nubes lo mismo que el arca de Noe sobre las aguas, nos alegraba el espíritu y hacia él se volvían continuamente nuestros ojos.... hasta que un buen día unos caballos, que se asomaron por el sur, vinieron a sacarnos de nuestro embeleso: eran tres caballos mandados de Sta. Elena, sobre los que iban a cabalgar los tres reyes magos de esta historia.

(Continuará).

FR. EULOGIO DE VILLARRIN.

Mis. Ap. Capuchino.

Los Jesuítas a Orillas del Orinoco

Por Pedro Da Costa G.

(Seminarista)

II

En 1675, el P. Alonso Neira insinuaba el proyecto de reanudar las misiones del Orinoco, tomando la precaución de llevar una veintena de familias españolas, que residenciadas en lugar conveniente, fuesen como el núcleo central de la misión. La idea agradó a la Audiencia de Santa Fé de Bogotá y comunicada al Consejo de Indias en Madrid obtuvo su aprobación y la sanción del monarca Carlos II, quien animó a la Compañía a realizar este plan y alargó un tanto el reducido presupuesto de los misioneros.

La escasez de personal imposibilitó por el momento la realización del proyecto. Sólo 4 años más tarde, en 1679, cuando se anunciaba como próxima la llegada de un nuevo refuerzo de misioneros, fueron destacados los PP. Ignacio Fiol y Felipe Gómez, con un fin de exploración y tanteo del terreno para el establecimiento de la proyectada ciudad española. No apunta el P. Rivero la fecha del regreso de los misioneros de su jira; pero a juzgar por ciertos datos, ésta debió durar bastante tiempo, ya que según escribe el mismo P. Rivero, estos misioneros "informáronse muy por menudo de cuanto deseaban saber; recorrieron los sitios, trasegaron sus márgenes, averiguaron el gentío, tomaron lengua de los prácticos y notaron la capacidad que en el Orinoco había para las misiones; la variedad de naciones y lenguas y otras cosas importantes, de todo lo cual dió informe detallado el P. Fiol a su vuelta a Bogotá.

Poco tiempo después, el 2 de abril de 1682, llegaba a Cartagena el tan esperado auxilio de misioneros. Inmediatamente se organizó la expedición al Orinoco, integrada por el ya citado P. Fiol como superior, el P. Cristóbal Radiel, alemán; el P. Gasjar Beck, flamenco, y los PP. Agustín de Campos y Julián de Vergara, españoles. A mediados de 1682 establecíanse en el Orinoco, cerca de la desembocadura del Guaviari, formando con las familias españolas que llevaron consigo un pueblo que llamaron Santa Rosa. "Sin admitir tregua —nos dice el P. Rivero— trataron desde luego de poner sus designios en planta reduciendo 7 pueblos de aquellas naciones más próximas de Salivas y Achaguas, lo cual ejecutaron con poca dificultad por ser muy dóciles estos indios

y por tenerlos ya ganados. Fra el principal de los pueblos uno llamado Truage, llamábanse los otros seis: Adoles, Peroa, Cusia, Maciba, Duma y Catarubén. Tomando cada pueblo el nombre de la nación reducida. Levantaron iglesias —continúa el P. Rivero— fabricaron casas, entablaron sementeras de maíz, yuca y otras raíces comestibles y el hato que dije con algunas reses vacunas para el sustento. En esto sobrevino un repentino cuanto trágico suceso que arrancó de cuajo todo lo fundado y acabó de un golpe con la naciente misión... El 3 de octubre de 1684, perfiló su siniestra silueta sobre las aguas del Orinoco una escuadrilla de piraguas tripuladas por 170 fieros caribes.

Dejemos que la pluma del P. Rivero nos trace los horrorosos cuadros a que dió lugar el imprevisto ataque de aquellos salvajes antropófagos, quienes azuzados por la codicia de los piratas holandeses e ingleses recorrían frecuentemente aquellas regiones en son de pillaje y destrucción.

"Una vez desembarcados repartiéronse conforme a un plan premeditado, por los pueblos, en donde los tres primeros padres asistían o sea los PP. Ignacio Fiol, Ignacio Teobast y Gaspar Beck, a quienes acometieron como sangrientos lobos rematándolos con golpes de macana. Arrastraron sacrílegamente sus cuerpos alrededor de la iglesia y casas del pueblo para mutilarlos luego, llevándose los brazos y las piernas de los PP. Beck y Teobast, dejando lo restante con el cuerpo del P. Fiol, insepultos en el campo.

"No contentos con tan sacrílega carnicería —continúa el P. Rivero— extendieron su rabia a cuantos pudieron haber a las manos, que fueron 8 españoles e indios; entraron en las iglesias y se vistieron por mofa y escarnio los ornamentos sagrados con grandes risotadas y chanzonetas y así mismo robaron 5 cálices y patenas para brindar en sus borracheras".

En cuanto a la suerte que corrió el P. Vergara, único superviviente de los misioneros, él mismo nos la describe en carta citada por el P. Astiaim y que se conserva en Bogotá.

"El lunes 2 de octubre recibió la visita en su hato, de 12 de aquellos indios caribes, a quienes por medio de dádivas y agasajos hizo desistir por el momento de sus criminales intentos franqueándoles la Procuraduría. Juzgando —dice textualmente— que no vendrían ya más caribes, una hora después que se fueron los otros, estando para decir misa, ví venir corriendo como gamos a unos 170 armados de flechas, macanas, alfanges, pistolas y escopetas con los gatillos levantados...

"Entraron de tropel en la casa y pidieron asiento; entonces ordené a uno de los domésticos que les hiciese y repartiese chocolate, bebida muy estimada de ellos por lo rara; hízolo así el muchacho, quien antes de repartirlo se me llegó al oído y pidióme licencia para mezclar con el chocolate una buena porción de solimán, veneno activísimo que tenía para matar los gusanos de las terneras. Disuadíle de tal temeridad. Dijéronme luego los indios que les diese quiripa si la tenía. Hízose así y entonces se fueron hacia el río, unos pateando, otros haciendo puntería con la escopeta y otros haciendo visajes con los ojos y las manos, dando a entender el pesar que llevaban de no haberme muerto, y robado el hato, habiendo andado más de 100 leguas con este intento.

"Luego que supe, algunos días después, la nueva de la horrible muerte de los otros misioneros, salí, una vez dicha la misa, con 24 personas a esconder-

me en los montes, y el mismo día, como a las 3 de la tarde dieron en el hato los caribes, robaron cuanto había en la cámara y cogieron a un muchacho llamado Francisco, el cual parece les dijo donde estaban los trastos escondidos, porque los robaron. El martes se fueron río abajo los caribes y a los tres días volvieron desde el Adoles, tres piraguas a buscarme en el hato para matarme. Yo, empero, inspirado sin duda por Dios, empecé el mismo martes mi caminata por los llanos, que me duró ciento y cinco días".

Tal fué el fin trágico del tercer intento de evangelización del Orinoco.

(Continuará)

Tradiciones Históricas del Vecino Litoral

COMO SE CONSTRUYO LA TORRE DE MAIQUETIA

La siguiente leyenda, tradición o anécdota se la debo a un viejito riocaribeño, amigo mío, domiciliado en Araguaimujo. Como me la contó se la cuento a mis lectores.

El misionero capuchino P. Fr. Gaspar de los Arcos, llegado a Venezuela en 1842, se propuso al año siguiente levantar magnífico templo en la costeña población de Maiquetía, de la cual había sido nombrado Párroco.

Con sus ahorrillos y limosnas de los fieles dió feliz remate a la obra emprendida con tanta constancia y entusiasmo, y Maiquetía tuvo ya su iglesia de tres naves. Se organizó la fiesta para la bendición; y el templo a todos pareció bueno, muy bueno, grandioso. En medio de la general admiración, percibíase, sin embargo, un común y creciente murmullo: ¡"Qué lástima, la iglesia necesita una torre!" El P. Gaspar oye, calla, idea, echa sus planes... Pero ¿de dónde sacar fondos, si la gente está ya cansada de tanto dar? ¿Cómo recolectar nuevas limosnas?...

El ingenioso fraile medita, reflexiona, revuelve en su mente estos angustiosos interrogantes, esforzándose por hallar una respuesta adecuada. Al fin la encontró; y dirigiéndose a sus amados feligreses, se expresó en estos términoss "Es voz común entre ustedes que el nuevo templo necesita una torre que haga juego con el edificio sagrado; es verdad, tenéis muchísima razón. Pues la haremos, sí, la haremos y a poca costa y en corto tiempo... ¿Cómo? .Con el producto de los "ajos".

Una sonrisa maliciosa apareció en el rostro de muchos de los oyentes, porque el Padre de los Arcos, recién llegado de España, ignoraba seguramente que en Venezuela no "se producen bien los ajos", y así se lo manifestaron algunos amigos.

"Nada, nada, lo dicho; edificaremos una esbelta torre con el producto de los ajos; ya verán ustedes muy pronto qué cosecha tan abundante". Al efecto habló el P. Gaspar con el Jefe Civil sobre el "particular"... y éste no tuvo dificultad en dar un DECRETO —o como ustedes quieran llamar-



Con el alma llena de entusiasmo y el corazón pletórico de ilusiones arribaron a Venezuela a trabajar con nosotros estos Religiosos. Ya cada uno está ocupando su puesto en el campo del gran Padre de familias. Ellos son, de izquierda a derecha: Fr. Epifanio de Santibáñez, P. Pablo de Aleje, P. Lorenzo de Cansoles, P. Víctor de Carvajal, P. Cristóbal de los Remedios, P. Ludovico de Pesquera, Fr. Roberto de Erandio, Fr. Alejo de Valle. ¡Bien venidos!

lo— disponiendo que todo ciudadano que "echase un ajo", pagase un real o un bolívar, según la categoría del delincuente.

"Por lo demás —añadió el Padre de los Arcos— yo me encargo del fiel cumplimiento del decreto". Y se marchó más contento que unas pascuas. Desde aquel día se consagró a tan lucrativo y halagüeño negocio. Conforme a la siembra será la recolección. Los jugadores, los vagos, los bebedores, los pilletes, etc., etc., serían los productores más asiduos. —Oye tú, muchacho, un real por tu ajo". "¡Chitón! pilluelo, un bolívar para la torre, que hueles mucho a ajos". "Uf! sinvergüenza, tú llevas un cargamento de ajos; tres reales como castigo! .Eh! viejete, ya lo sabes, por cada ajo setenta y cinco céntimos. No hay escapatoria; hay que cumplir el DECRETO...."

Muy bien le iba al Párroco Capuchino con el "negocio de los ajos". Llegó un gran día de fiesta, y uno de los números del programa del festival era una gran pelea de gallos, a la que acudieron jugadores de todos aquellos

cortornos; y con sorpresa y admiración de todos, allá se fué también el intrépido fraile, llevando un lápiz y un cuaderno; anotó el nombre y apellido de los jugadores y espectadores, y por cada ajo que se escapaba un punto negro. La gallera se animaba, se animaba por momentos. Era locura, delirio, desbordamiento lo que allí reinaba. ¡"Anda, anda, Macarenito; híncale, híncale la espuela!" Y los ajos salían por docenas. ¡"Bravo, bravo, Picodeoro, no te dejes, no dejes vencer!" Y ajos y más ajos. ¡Ea, ea, Serranito, duro con él, trabájalo!" La cosecha de ajos fué abundante, copiosísima; pero al P. Gaspar no se le escapaba uno sin anotar.

Terminada la histórica pelea, aparece la austera y sonriente figura del venerable Capuchino con su lápiz y cuaderno en la mano. "Vamos, señores míos, a arreglar nuestras cuentas: El Sr. Jefe Civil tantos puntos negros, tantos bolívares; el Sr. Secretario tantos puntos, tantos bolívares; tú cuatro reales; el otro cincuenta bolívares, etc." A todos les cobró bien cobrados los AJOS de aquella famosa cosecha.

Y es fama, según el relato del viejito riocaribeño, que el P. Gaspar levantó la bonita y esbelta torre de Maiquetía con el producto de los "ajos" cosechados en aquella su parroquia.

FR. GASPAR MARIA DE PINILLA, O. F. M. Cap.
Misionero del Caroní

Caracas, marzo de 1942.

Señor!...



¡Señor, quédate con nosotros!

Quiébrame las manos,
cúbreme los ojos con amarga venda;
prívame los labios de toda sonrisa;
niégame, mi Dios,
el agua, la sombra,
la cordial palabra;
y niega, si quieres, el pan, la saliva
a esta boca torpe.

Hazme lo que quieras,
Señor de mi Vida,
si es que, como anoche
—oh, la negra noche de mis cien pecados!—
te he de flagelar.

Hazme lo quieras,
Señor de mi Vida,
si es que, como anoche
he de seguir siendo
bofetón de Anás, en tu rostro divino,
airada mirada de la soldadesca,
afrenta y escarnio de la turba fiera,
lanza de Longinos rasgando tu pecho
y sal en la esponja por calmar tu sed!

Hazme lo que quieras,
Señor de mi Vida,

ANTONIO CORTES PEREZ.

Valera, febrero de 1942.

INTERVIU O LO QUE SEA

Me han llamado a la portería. Bajo y me encuentro con tres muchachos más alegres que unas Pascuas y que me miran entre picarillos y asustados.

Cruzamos los primeros saludos.

—¿Es Ud. el Director de "Venezuela Misionera"?

—Para servirles, caballeros.

—Bueno. Pues nosotros...

—Dilo tú, vale, que eres el mayor.

Y por lo que veo ninguno es el mayor. Apenas levantan tres palmos del suelo.

—¿Qué embajada traéis por estas tierras?

—Nosotros..., éste..., nosotros somos alumnos del Colegio "San Ignacio".

—Ya, ya comprendo, y de seguro que los buenos Padres les han mandado con algo interesante.

—Sí, Padre, el Profesor de CUARTO GRADO, me dice uno que ya siente romperse la trabazón de su lengua; el Profesor de Cuarto Grado nos manda para que le entreguemos una limosna para la Misión del Caroní

—Bien. Muy agradecido. Pero...

¿..............?

—Sí, Padre, es una limosna recogida entre los alumnos de Cuarto Grado en nuestro Colegio. Por iniciativa de nuestro P. Profesor se hizo una rifa y llegamos a reunir esta cantidad.

¿..............?

—No, no es sólo esto. En el Colegio "San Ignacio" existe una organización misional completa y maravillosa. Cada Grado y cada Año del Bachillerato tiene señalada una Misión Católica por la que se ha de rogar y a la que tenemos que ayudar con limosnas. Las misiones de la India y las de China, las de Alaska, las de todo el mundo, y las de nuestra Venezuela tienen un lugar preferente en nuestro apostolado de oraciones.



Diversos aspectos de la vida de Colegio de los Alumnos de "San Ignacio" tan acertadamente dirigido por los PP. Jesuitas y tan amantes de las Misiones.

¿..............?

—La Misión del Caroní nos ha cabido en suerte a nosotros los Alumnos de Cuarto Grado.

¿..............?

—Sí, Padre, todos, los miércoles rezamos por los Misioneros y por los indiecitos; también ofrecemos otras obras buenas.

Lo que me están manifestando estos muchachos, lo dicen con tanta ingenuidad, que veo su corazón a flor de labios. Y se lo creo, vaya si se lo creo.

En mis manos han depositado su limosna de Bs. 25 para la Misión del Caroní.

Yo insisto aun en mis preguntas: Y ¿entre cuántos se ha reunido esta cantidad?

—Somos cuarenta los de nuestro grado, y todos nos interesamos mucho, muchísimo por nuestra Misión del Caroní.

¿..............?

—Pues, Padre, unos le piden los centavitos a su mamá; otros, de los que reciben para dulces o helados, los emplean en esta obra buena, privándose de esa golosina...

—Muy bien; sois unos muchachos de lo más intersantes y de lo más interesados por las Misiones. Tened en cuenta que ese dinero lo vais colocando en un Banco que nunca quiebra...

—Pero, bueno, y ¿por qué en un principio estábais medio recelosos?

—¡Ay! Padre, me dice uno de ellos: ¡Esas barbas! ¡esas barbas!...

—Chicos, las barbas del Capuchino, ¿quién no las conoce en Venezuela?

Y con esto levantamos la sesión, pues los veo ya inquietos y con ganas de jugar.

Los tres me piden muy respetuosamente la bendición.

Se la doy muy amplia y los despido.

Cuando salieron, iban más contentos que habían entrado. Llevaban en la conciencia el placer de la obra buena que acababan de realizar.

Lo que no pude arrancarles fué el nombre del P. Profesor ni de los contribuyentes.

Me acordé entonces: Sus nombres ya estarán todos ellos escritos en el libro de la vida.

P. A. DE MADRIDANOS.
Capuchino.



Grupo de Misioneros del Caroní, que asistieron a la reunión general convocada por el Excmo. señor Vicario Apostólico, Mons. Constantino Gómez V.

HACE UN AÑO...

Como a silbido cariñoso del Pastor se congregan las ovejas, el 24 de marzo de 1941 se reunían en Upata los Misioneros del Vicariato Apostólico del Caroní. Puntos previamente fijados debían ser objeto de soluciones meditadas a la luz del celo y la experiencia. Cuestiones parroquiales, cuestiones misionales, que por ser hijas muchas veces del ambiente en que ha de actuar el Misionero del Caroní, no están resueltas en tratados pastorales ni misionales; por eso ahora, a la luz que irradian los 16 años de trabajos apostólicos, van a ser definitivamente solucionadas, o por lo menos, recibirán todos los Misioneros una orientación fija, que dará a su actuación la unidad con sus hermanos, unidad necesaria a cuantos guían sus actos al mismo fin.

En el salón de estudios del Seminario de Santa Teresita, sin alarde alguno de publicidad, en un ambiente de verdadera y auténtica democracia, con una representación completa de todas las Parroquias y Casas de Misión, encabezadas y presididas por el Excmo. Sr. Obispo y actuando como Secretario el M. R. P. Félix de Vegamián, Superior Regular, comienzan a

tratarse las diversas cuestiones con anterioridad determinadas, no sin antes invocar al Espíritu Santo, cual corresponde en actos tan transcendentales.

Por su excepcional importancia, la enseñanza religiosa en la escuela y en el catecismo parroquial, fué uno de los puntos tratados con más amplitud y lujo de detalles. Cada miembro de este fraternal congreso va emitiendo opiniones, proponiendo las soluciones que le inspiran su personal cri-criterio y experiencia, guiado siempre por el Derecho Canónico y la Pastoral del Episcopado Venezolano. No siempre la uniformidad reina, y aunque todos vamos al mismo fin, los medios se dividen; se razona, se discute, unos prefieren los métodos tradicionales, otros los modernistas, unos tienden a la suavidad y lícita complacencia, otros en cambio, de acuerdo con su temperamento y criterio, prefieren cierta rigidez e intolerancia; más todo se va suavizando, las razones aducidas, extractadas particularmente del ambiente, proporcionan pronto un criterio medio que da a todos la unidad deseada conforme a la frase evangélica "sed uno, como el Padre y Yo somos uno".

La Acción Católica, la modestia cristiana y la acción misional en los campos, son con la de la enseñanza, las cuestiones que más preocupan el celo apostólico de los Misioneros, por eso fueron también el objeto principal de su estudio durante los diez días que Upata vió desfilar por sus calles los quince Misioneros que dos veces diarias se dirigían al Seminario para proporcionar a los fieles del Vicariato "vida espiritual más abundante".

Mas estas preocupaciones, no obstan para que dos notas verdaderamente simpáticas animaran nuestra vida durante esos días. Al lado del celo apostólico aparecen la fraternidad y la alegría. Pocas veces como entonces he podido observar, cómo el cordón del Seráfico Patriarca de Asís ciñe y liga algo más que el cuerpo de sus hijos; es su voluntad, su inteligencia, su corazón... su vida, la que así ligada por el seráfico y simbólico cordón, da a sus hijos esa compenetración y unidad que se llama fraternidad franciscana; y más admira aún, que esa virtud florezca exuberante en nuestro siglo XX, donde el YO personal y egoísta, lo informa, anima y envenena todo. En ellos, los limitados pronombres personales YO y MIO, fundidos por el fuego del espíritu del Serafín de Asís, forman el amplio NUESTRO de la fraternidad.

La alegría propia de la buena conciencia bulle en las reuniones y animadas conversaciones; la jovialidad castellana aparece cada momento; a simple vista, nadie podrá advertir las preocupaciones y amarguras que informan la vida del Misionero; los recuerdos, que cual trágicas visiones tal vez se agitan en su mente, se evaporan al contacto de sus compañeros.

Tenemos en perspectiva un día de campo, y ante él, se vive de nuevo la vida del colegio con todos sus dulces recuerdos; llega el día, y aunque

todo invita al tedio, como el campo desolado y yerto por el verano y la sequía, un sol abrasador, la falta de agua, el mal camino y la incomodidad del viaje en camión, la alegría se impone, y en medio de ese ambiente propicio sólo a la meditación y llanto, los Misioneros cantaron, y de su corazón surgieron desde la típica copla campesina de Castilla y León, hasta las más tiernas de la mística Santa Teresa. Las adjuntas fotografías, dicen algo de lo que fué este día, en el cual el carácter y temperamento de cada uno encontró amplio campo a sus gustos y aficiones; surgieron poetas, a quienes las musas negaron luego su inspiración, cantores, cuentistas, y hasta prestidigitadores, que con su buena voluntad animaron ese día de gratísimos e imborrables recuerdos.

Guasipati, marzo de 1942.

PBRO. D. MONTIEL S.
Mis. del C.

(Continuará).



Después de las reuniones generales, los Misioneros tienen su día de asueto.

La Orden Franciscana en Venezuela

VII

CONVENTO DE SAN FRANCISCO, DE EL TOCUYO

(Estado Lara)

1.—*Su fundación.*—Hecha ya una ligera reseña histórica del primer convento franciscano fundado en la gobernación de Venezuela, el de Caracas, pasamos ahora a consignar algunos datos sobre el de "Nuestra Señora de los Angeles de El Tocuyo", designado comúnmente por el pueblo con el nombre de "San Francisco".

Según dejamos apuntado en otro lugar, por el mes de julio de 1577 llegó a Caracas una expedición de religiosos franciscanos conducidos por su Comisario el P. Fr. Francisco de Arta. Vinieron por mandato de Felipe II y a costa de su Real Erario, en compañía del gobernador don Juan de Pimentel, con el fin de establecer nuevos conventos en la provincia de Venezuela.

Comenzaron por reorganizar el convento caraqueño, cuya fundación había iniciado ya en 1574 el P. Fr. Alonso Vidal, venido de Santo Domingo junto con otros compañeros; y luego con gran actividad dieron principio a otras fundaciones, entre las cuales hay que colocar la de El Tocuyo, que debió realizarse en el mismo año 77 o poco después, según se desprende del informe oficial redactado por el Cabildo tocuyano con fecha 21 de enero de 1579, en el que se hace constar lo siguiente: "Se declara que en esta ciudad (*El Tocuyo*) hay de presente dos casas de monasterios, uno con un fraile francisco de los que su magestad embio a esta probincia con fray francisco de Arta a poblar y fundar, cuya casa agora se haze de nuevo, y otra casa de santo domingo do rreside otro fraile llamado fray miguel de victoria, predicador que ha tomado posesión por el rreyno (*Nueva Granada*) avra tres años, aunque se le contradixo la dicha posesión por tenerse entendido que esta probincia esta sufraganea a la probin-



Fachada de San Francisco de El Tocuyo.

cia de santa Cruz de santo domingo de la ysla española, que antes tenia posesión...". (Silva Uzcátegui, *Enciclopedia Larense,* t. I, p. 180, Caracas, 1941). Consta, pues, que el convento franciscano de El Tocuyo es uno de los más antiguos de Venezuela.



El gran claustro franciscano.
(Cortesía del Sr. Silva Uscátegui).

2.—*Capítulo Provincial celebrado en El Tocuyo.*—En enero de 1641 reuniéronse en este convento los PP. Fr. Luis de Jodar, Comisario Visitador de la Provincia de Santa Cruz de Caracas; Fr. Martín Vázquez, Ministro Provincial; Fr. Juan Mudarra, padre de Provincia; Fr. Francisco Salamanca, padre de Provincia y Definidor; Fr. Francisco Cervantes, Definidor; Fr. Juan de Buenaventura, Definidor; Fr. Sebastián Sedeño, Definidor y Fr. Pedro de Aponte, Custodio Secretario, con objeto de celebrar Capítulo Provincial. En él fueron elegidos los Guardianes de todos los Conventos de la Provincia, los maestros y Lectores que habían de regentar las cátedras establecidas en los mismos, etc., y además se redactaron los *"Estatutos Generales de prouincia ordenados y admitidos Por los Padres desta santa prouincia de Sancta Cruz Para su gobierno"*, los cuales fueron sellados "con el sello mayor desta Prouincia en este Conuto. y Casa Capitular del tocuyo en veinte y cuatro dias del mes de henero de mill y seiscientos y cuarenta y un años".

Conservamos una copia auténtica de estos Estatutos —los más antiguos que conocemos— escrita en el convento de la Purificación de Barquisimeto en 9 de mayo de 1641. Son 9 hojas en folio.

3.—*El Convento en* 1766.—En una "Breve Descripción y relación cierta de la Muy leal ciudad de Nuestra Señora de la Concepzion del Tocuio", hecha en 1766, encontramos los siguientes datos sobre el convento tocuyano: "El tercero es el templo y Convento de nuestro Seraphico padre San Francisco de Asis, de dos naves bien enclaustrado: pero bajo: en el se mantienen ocho Religiosos a expensas de los reditos de las memorias que tienen, y de las limosnas que dan los avitadores por tenerle cordial devozión al Seraphico Patriarcha y al Glorioso San Antonio de Padua, en cuia nave colateral se halla una Capilla y Cofradía de este portento de milagros, que todos los días se experimentan maxime los Martes, día que la devoción ha dedicado para hacer a dicho Santo sus ruegos y tributarle gracias por los beneficios que continuamente reciben de Dios nuestro Señor por intercesión de este Glorioso Santo". (Silva Uzcátegui, o. c., p. 184).

Galería alta del claustro franciscano.
(Cortesía del Sr. Silva Uzcátegui).



4.—*Noticias suministradas por Mons. Martí.*- En 1776 estuvo en El Tocuyo este gran Prela-

do practicando la Visita Pastoral, y entonces visitó también el convento franciscano, sobre el cual nos dejó algunas noticias interesantes.

"Está edificado este Convento —dice— a distancia de tres cuadras de la Iglesia Parroquial de dicha ciudad del Tocuyo a la parte sur. Tiene Iglesia de una nave de mediana capacidad y de muy poca fortaleza, con una Capilla al lado del Evangelio que la figura como de dos naves, y el año de 1776 habitaban en este convento ocho Religiosos entre sacerdotes y legos". Eran éstos los siguientes: P. Fr. Gregorio de Rojas, Guardián y al mismo tiempo Predicador conventual; P. Fr. Francisco Javier de Fuenmayor, Predicador general; PP. Fr. Andrés Méndez, Fr. José María Peláez, Fr. Luis Chávez, Fr. Antonio Ribera y Farías, con los Hnos. legos Fr. José Santiago González, Fr. Esteban de Silva Chagaray, éste maestro de primeras letras de la Escuela conventual.

El convento abarcaba toda una cuadra o manzana con agua corriente para regar la gran huerta. Tanto la Iglesia como el edifico conventual tenían entonces necesidad de reedificarse, obra que, efectivamente, llevóse a cabo años más tarde construyéndose un magnífico templo de tres naves con majestuosa fachada, estilo colonial, y su torre cuadrada; y contiguo a él levantóse igualmente nuevo convento con su gran claustro de arcos y columnas en el primer cuerpo y galerías sobrepuestas con sus columnas en el segundo. El convento tenía de principal unos 25.000 pesos, más algunas otras limosnas de misas que llamaban de portería, las cuales no eran muchas.

5.—*Cofradías.*—El 11 de octubre del expresado año 1776 pasó Su Señoría Ilustrísima a la Iglesia conventual con el fin de visitar las dos Cofradías en ella existentes, que eran la de San Antonio de Padua y la de la Vera Cruz. La primera había sido fundada en 1609, y la segunda era aun más antigua, pues sus Constituciones fueron aprobadas en 1587 por el Obispo Martínez Manzanillo. La Cofradía de San Antonio, que tenía su Capilla en la nave lateral, estaba obligada a celebrar una solemne festividad el día 13 de junio al Santo Paduano, un Aniversario en el mes de noviembre y a costear, además, la procesión del Lunes Santo. Los Hermanos daban por su asiento ocho reales, siendo personas blancas, y cuatro los de otras calidades. Sus rentas consistían: en un capital de 900 pesos, que, impuestos a censo, producían anualmente 47 pesos de réditos, y en el producto de alquileres de paños, hacheros para entierros y otras limosnas de los fieles. La Cofradía de la Vera Cruz tenía de obligación mandar cantar dos misas en los días de la Invención y Exaltación de la Santa Cruz, y costear la procesión del Jueves Santo. Los Hermanos daban por su inscripción dos pesos por una sola vez, contando como rentas con 400 pesos de capital cuyos réditos eran 20 anuales y con algunas limosnas particulares.

Existió también en el convento de El Tocuyo, en la época colonial, la Venerable Orden Tercera de San Francisco, de la cual apenas tenemos noticias. En el Capítulo Provincial celebrado en Caracas en 1758 fué nombrado Comisario de la V. O. T. de dicha ciudad el Padre Predicador Jubilado Fr. Silvestre López; pero dicha Hermandad debió haber sido fundada mucho antes.

6.—*Apostolado Franciscano.*—Los religiosos del Convento de El Tocuyo dedicáronse, ya desde el principio, a las tareas del apostolado tanto en la propia ciudad como en los pueblos vecinos. En 1582 los cuatro o cinco frailes allí existentes ayudaban al Beneficiado Carrasco en los servicios parroquiales:

durante muchos años los franciscanos tuvieron a su cargo la Parroquia de Quíbor, hasta que en el siglo XVIII pasó a los clérigos seculares; y en 1776 los Padres José María Peláez y Andrés Méndez ayudaban, en calidad de tenientes, a los Curas de El Tocuyo, Don Tomás Gil y el P. Mendoza.

Los franciscanos se consagraron también al apostolado de la enseñanza y tuvieron en El Tocuyo dos cátedras, una de Gramática y otra de Primeras Letras, según hace constar Monseñor Martí en su relación autógrafa, en las cuales recibían los hijos de aquella antigua ciudad la instrucción necesaria.

7.—*Supresión del Convento.* — La Comunidad Franciscana de El Tocuyo quedó extinguida, junto con las demás de Venezuela, en virtud de la ley del Congreso de Cúcuta de 28 de julio de 1821.

La iglesia quedó abandonada por muchos años, hasta que el Arzobispo de Caracas y Venezuela, Mons. Guevara y Lira, comisionó al Pbro. Rafael María Briceño para que la levantase de sus ruinas a fin de convertirla en parroquia. El Pbro. Briceño llevó a cabo la obra que se le había encomendado, en seis meses, y para el año 1866 ya se celebraban en el templo de San Francisco los oficios parroquiales.

Por lo que hace al edificio conventual, por decreto de Guzmán Blanco, de 10 de noviembre de 1881, fué adjudicado al Gobierno de la Sección Barquisimeto, del Estado Lara, "para que lo reconstruya y destine a servir de local para las oficinas de la administración pública".

Fr. Cayetano de Carrocera.
O. F. M. Cap.



Bello rincón del claustro de San Francisco.

(Cortesía del Sr. Silva Uzcátegui).



● Maracaibo, 18 de marzo de 1942.—R. P. Director de Venezuela Misionera. Caracas. Muy respetado Padre: Tengo el placer de saludarlo, y al mismo tiempo decirle que he visto, que algunas de mis compañeras se suscribieron en meses pasados en la revista "Venezuela Misionera" y viendo el beneficio tan grande que se hace a las almas, le pido haga el favor de aumentar un número más al paquete que envía al Colegio de Santa Ana "Quinta Zaragoza". Al propio tiempo suplico a los lectores de "Venezuela Misionera" que al leer la revista hagan una oración por el eterno descanso del alma de mi papá, que murió hace dos meses. Dios se lo pagará y no dudo que el Padre también rogará por él. Le doy las gracias anticipadas. Su s. s. que besa el cordón de San Francisco. Elia Romero R. .Alumna de 5º grado.

● *Conformes con tu encargo, Elia. Añadiremos un número más al paquete, y ojalá fuera una docena. A nuestros lectores les suplicamos una oración por el alma del papá de esta nueva suscritora.*

● Tucupita, 31 de marzo de 1942.—Rvdo. Fray Antonino de Madridamos. Rvdo. Padre: Lo saludamos afectuosamente. Enviamos Bs. 5, cinco bolívares, para bautizar una indiecita y queremos lleve el nombre de Teresita del Niño Jesús. Aprovechamos también de acompañar a ésta nuestra fotografía con el deseo que nuestra ahijadita nos conozca. Somos lectores de la Revista "Venezuela Misionera" y, deseamos y rogamos mucho por la prosperidad de la Misión. Bendiga a estos entusiastas admiradores de la Misión del Caroní, Luis Horacio González, Carmen Teresita González G.

● *Y tan sabrosa que está vuestra cartita, mis amigos. Ya suponía yo que ahí, en Tucupita, habría mucho amor a las Misiones; pero nadie me lo había dicho. Ahora vosotros me lo habéis declarado. La foto estupenda y tan contentos que se pondrán los indiecitos. Bueno, que Dios os bendiga copiosamente y os conserve muy buenos.*

● Valera, 5 de diciembre de 1941.—A la indiecita Anita Cepeda. Muy querida hermanita: Deseamos se encuentre bien en unión de la Rvda. Madre y demás Hermanas. En días pasados recibimos tu cartica, la cual leímos con mucho placer, pues hacía mucho tiempo que no nos escribían; la cartica llegó en vísperas del día misional, el cual celebramos con una fiestecita, pues hicimos una pequeña velada.

En ese día ofrecimos la comunión y todas las obras de piedad por ustedes, para que esa misión vaya siempre aumentando y cada día sea más fructifera la labor de los Padres y Hermanos. Nos contentamos mucho que estés ahora en Caracas. Dices que piensas venir a visitarnos. Muy bueno; así tendremos el gusto de conocerte a tí y a tus otras compañeras. En tu cartica nos pides aguinaldos. Aquí los tenemos algunas cositas, aunque no son muchas, pero demuestran nuestra buena voluntad para mandarles algo. Bueno. Otra vez te escribimos más largo. Muchos saludos a la Rvda. Madre y demás Hermanas, y tú recibe un abrazo de tus amiguitas. Las niñas del Colegio "Madre Rafols".

ESCRIBEN LOS INDIOS

● San Francisco de Luepa, 13 de octubre de 1941.—Rvdo. P. Director de "Venezuela Misionera". Paz y Bien. Yo le escribo una carta, contándole lo que hacemos aquí, en Luepa. Aquí nosotros estamos trabajando, arando la tierra para el conuco; también hemos sembrado yuca, maíz, cambures, arroz y muchas cosas. Los indios están trabajando para la Misión. El Culi está trabajando con los indios, haciendo conuco Padre Benigno: tienen una casita y después van hacer una Iglesia a Santa Teresita, poco a poco. Nosotros estudiamos, escribimos aprendemos cuentas, para que después nadie nos engañe, como a los otros indios, que los engañan muchas veces. Sin más nada. Bendiga a César Gómez.

● Divina Pastora de Araguaimujo, 22 de enero de 1942.—Al R. P. Antonino. Le escribo esta carta con mucho gusto, para decirle, que yo he recibido las cositas que me mandaste y le doy las gracias y ofrezco todos los días para que la Virgen Santísima lo ayude siempre. En el día del P. Gaspar estuvimos muy contentas y las Hermanas nos dieron dulces y pasteles y también naranjas. Cuando estaban empezando a comer los Padres, yo digo verso muy bonito y muy alto lo digo y otras niñas también. Y tam

bién había mucha gente y hasta indios. Después el Padre repartió dulces a toda la gente; pero al P. dió mucha risa al ver a mí diciendo versos. También le digo que estoy esperando a su Reverencia. Nosotras estamos un poco tristes porque se fué la Madre Bernardina. Le pregunto, ¿cómo está la gente de Caracas y también la M. Gloria? Todas las niñas mandan muchos saludos a la M. Gloria; aun todavía no me he olvidado de ella. Ahora le digo que todas las Hnas. se asustaron cuando vieron las cosas que me mandaste. Me dijeron, ¿por qué no nos das algo? Yo les contesté no les puedo dar, porque el P. Antonino me ha mandado. Tambión le digo que en la Misión tengo un sobrinito que se llama Antonino Campero. Nada más. Le pido la bendición. La pequeña Asunción Arismendi.

● Santa Elena de Uairén, 17 de enero de 1942.—R. P. Director de "Venezuela Misionera". Caracas. Mi muy querido Padre. Aquí estamos unos catorce muchachos; se escaparon cuatro. A ver si tu mandas esta carta en Venezuela Misionera. Estamos aprendiendo a leer, escribir, hablar y contar. Los pequeños también están aprendiendo. También trabajamos en la Misión; limpiamos platanal, ocumo y caña. Hemos recogido mucho maíz, caraotas, frijol. Se fué el P. Tomás y Fr. Lucio, y ahora estamos con el P. Ricardo de Begoña y Fr. Patricio de Molina. Yo quiero cuerda para la vitrola que se me rompió el año 1940. Los muchachos queremos medallas y rosarios para rezar. Bendígame. Alberto Colón.

LISTA DE LOS BAUTIZOS HECHOS

El R. P. Rodrigo de Las Muñecas en [illegible] sus excursiones por l[illegible]s [illegible]s del Orinoco hizo lo[illegible] bautizos, encargado[illegible] amantes de nuestra[illegible]l Caroní:

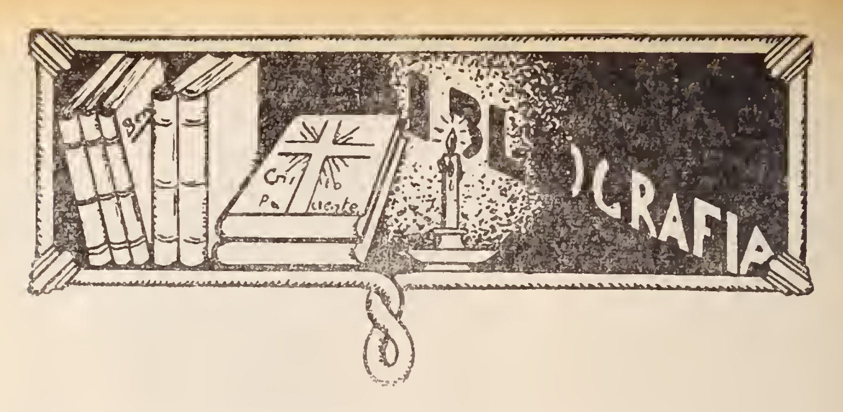


Los buenos amiguitos de la Misión del Caroní Luis Horacio González y su hermanita Carmen Teresita González, en el día de su Primera Comunión.

En *Yaguarinago*: María Isabel, de 3 años. Vicente Evaristo, de 4 años. Marcelino, de 3 meses. Carmen Adelina, 7 años. En *Barakataima*: Angela, de 3 meses. Francisco, de 3 semanas. ¡Ester Aramiita, de 6 meses. Carmen Gisela, de 6 meses. Genoveva, de dos semanas. En *Jeresabanoko*: Valentina Pascuala, de 3 meses. Ester, de año y medio. Victor Manuel, de un mes.

En la Excursión que por el rio Paragua hicieron el 1940 los Padres Baltasar de Matallana y Cesáreo de Armellada, bautizaron los siguientes niños: *En Erevenekén*: Antonino, Félix, Florencio, Odorico, Elina, Carmen, Rosario y Dora. *En El Pao*: José Luis, Domingo, Juan Enrique, Bernardo, Agustina, Matilde, María del Pilar, Teresita de Jesús. *En Nosantón Kurayí*: Adolfo de Jesús, Víctor, Mauricio, Agustín, Cecilia, Graciela, Mercedes. *En Maihia*: Francisco de Asís, Carlos, María Luisa, Josefa, Sofía, Elena Rosa y Tomás de Aquino.

P. A. de M. Capuchino.



DIECISEIS DIALOGOS CATEQUISTICOS.—Fr. José Tornero, O. P. — Escuelas Gráficas Salesianas. Caracas, 1942.

Interesante por demás es el opúsculo que acaba de publicar el R. P. José Tornero, y que será para los Colegios y Catequesis de gran utilidad práctica.

Trátase de una serie de diálogos "escritos en el lenguaje sencillo de los niños", sobre el tema de capital importancia del CATECISMO.

Hemos leído y releído el trabajito y no sabemos qué ponderar más, si la adaptación de los temas a la capacidad de la niñez, el interés que contiene cada escena, o el estilo grácil, o la versificación que se desliza en esta clase de trabajos.

Alabamos la feliz idea del P. Tornero al poner en escena episodios de esta clase, con el fin laudabilísimo de instruir deleitando, y de enseñar jugando; que todo ello es muy necesario hoy, máxime tratándose de estos asuntos del Catecismo, que por otra parte resultarían un poco áridos para niños y mayores, si no se sabe dar interés al tema.

Recomendamos el librito a todos nuestros lectores y quisiéramos verlo en manos de todos los sacerdotes, catequistas y educadores de la niñez.

P. Tornero, sinceras felicitaciones, y que no sea la última obra de esta clase.

P. A. de M.
Capuchino.

VIDA POPULAR DE FRAY JUAN DE LA PALMA, Franciscano colombiano.— Fr. Gregorio Arcila, O. F. M.—Tercera Edición. Editorial "Lumen Christi", Bogotá, 1941.—Folleto de 61 páginas; de 12 por 17 centímetros.

Al hojear el folleto que hemos recibido de nuestros Hermanos los PP. Franciscanos de Bogotá y leer los milagros obrados por el Vble. Fray Juan Martín de La Palma, franciscano, no puede uno menos de recordar a aquel otro Beato taumaturgo, Martín de Porres. Con el fin de divulgar entre la gente piadosa la devoción de este Siervo de Dios, cuya causa de beatificación se encuentra muy adelantada, ha resumido su autor en breves páginas la extensa y bien documentada biografía que él mismo poblicó en 1934.

En un siglo de tanta corrupción y frivolidad como el nuestro, no está fuera de propósito poner a la consideración de los fieles los ejemplos admirables de austeridad y penitencia de este ilustre hijo de San Francisco... .. ..

No dudamos que esta lumbrera de Colombia servirá de estímulo y ejemplo a sus compatriotas y devotos.

Vayan nuestras felicitaciones al P. Arcila por su trabajo.

Fr. G. de P.
Capuchino.


Bohemia
JABON
SUPERIOR
H.L.BOULTON JR. & Co.-MARACAIBO

Obra Seráfica de Misas

Para el auxilio de las Misiones Extranjeras de los FF. MM. Capuchinos

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

—

50 Misiones

—

400 Estaciones o residencias principales.

—

1.206 Misioneros Capuchinos.

—

106 Millones de habitantes en sus misiones.

—

Más de millón y medio de católicos.

—

15 Seminarios con 400 seminaristas.

—

2.168 Catequistas

—

25 Vicariatos Apostólicos.

La Obra Seráfica de las Misas tiene por fin el sostenimiento de las Misiones Capuchinas entre infieles. Fué fundada el año 1889. La han aprobado y bendecido los Sumos Pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XII.

GRACIAS ESPIRITUALES

1ª Participación del fruto de 5.000 misas que cada año celebran los Padres Capuchinos exclusivamente a intención de los bienhechores de sus Misiones.

2ª Participación de 500 misas Conventuales diarias que se celebran en nuestros Conventos por los difuntos y bienhechores de la Orden Capuchina.

3ª Participación en las penitencias y obras practicadas por los mismos Religiosos (que son unos 13.000) y por las Misiones que les están encomendadas.

4ª Indulgencia plenaria y Bendición Apostólica "in artículo mortis".

5ª Indulgencia plenaria en las fiestas siguientes: Epifanía del Señor, Exaltación de la Cruz, Virgen de los Dolores (15 de setiembre) y San Fidel de Sigmaringa (24 de abril).

6ª Indulgencia de 300 días cada vez que se habla algo para ayudar a la Obra Seráfica de Misas.

LIMOSNAS - PARA HACERSE PARTICIPE DE LOS BENEFICIOS DE LA OBRA

Los difuntos participan por un año, dándose por ellos la cuota de Bs. 1, y participarán "In perpetuum" si la limosna es de Bs. 6. Cuando se trata de los propios padres difuntos, con esta última limosna se hacen ambos participantes.

Los vivos, dando Bs. 1 de limosna, serán participantes por un solo año; y si dan Bs. 25, lo serán perpetuamente en vida y en muerte.

Para cada una de estas participaciones se entrega al donante una patente, donde consta la inscripción de la persona partícipe de la Obra Seráfica de Misas.

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

—

15 Escuelas de Artes y Oficios.

—

1.800 Religiosas.

—

41.000 Terciarias seculares.

—

200 Entre Hospitales y orfanotrofios con 8.000 huérfanos.

—

40 Leproserías

—

183 Farmacias y boticas.

—

20 Tipografías

—

2.171 Escuelas y 119.400 Alumnos (8.000 internos).



POR LAS CUALES DRYCO ES TAN

★ **UTIL A LAS MADRES**

★ **SALUDABLE PARA LOS BEBES**

1 La leche de vaca debe balancearse correctamente para reemplazar la leche materna. Particularmente la grasa debe reducirse para evitar cólicos y disturbios intestinales. En Dryco, la grasa *está* balanceada—es más fácil de digerir. El nene retiene mejor los biberones de Dryco.

2 Dryco contiene un alto grado de proteína, elemento que contribuye a la formación de tejidos firmes, músculos fuertes. Los nenes que se alimentan con Dryco nunca son fofos, porque Dryco provee suficiente proteína de fácil digestión.

3 Dryco también suministra minerales adecuados. Estos son especialmente importantes en la formación de dientes y huesos sanos. Dryco evita el raquitismo, porque es irradiada.

4 Dryco no necesita refrigeración. Viene especialmente envasada para que se conserve fresca . . . y se *conserva* fresca después de abrir la lata, si se mantiene tapada. Dryco facilita el problema del alimento del nene.

Consulte a su médico sobre Dryco para el bebé

EN LA LECHE HUMANA, la naturaleza provee un balance proporcionado de la grasa de la *leche humana,* la proteína de la *leche humana,* y los minerales de la *leche humana.*

DRYCO no solamente se parece a la leche humana, también está hecha para tener el mismo efecto.



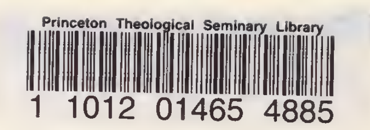
UNA LECHE ESPECIAL PARA NIÑOS



1M






Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01465 4885